



Jules de Polignac

Jules de Polignac



RESTAURACION.

APENAS hubo Napoleon sacrificado sus mas caras esperanzas, dando la abdicacion que tan necesaria le hicieron considerar para el bienestar de la Francia; formóse una junta provisional de gobierno, cuya presidencia obtuvo el duque de Otranto, el gran dignatario del Imperio, el jacobino Fouché, traidor á todas las causas y á todos los partidos. En vano la cámara de diputados conservó en tan aciaga coyuntura una actitud imponente, discutiendo una constitucion y publicando una declaracion de los derechos del pueblo francés, que la historia no puede mencionar sin elogio: en vano ardian las tropas en deseos de batirse; la traicion dirigia las operaciones, Fouché favorecia la marcha de los prusianos á Paris, y el mariscal Davoust capitulaba con Blucher y Wellington. Estipulóse en los artículos de esta capitulacion, que en el espacio de tres dias quedaria evacuada la capital, que el ejército francés marcharia á la otra parte del Loire, y que la guardia nacional y gendarmes municipales continuarian dando el servicio interior. Lleno de noble despecho, retiróse el ejército al indicado punto, aguardando le licenciasen; aquellos soldados que salieron del pueblo, volvieron á ser pueblo, y la Europa no supo si debia admirar mas su abnegacion que su pasado valor.

Á 6 de julio entraron en Paris las tropas extranjeras, en cuyos bagages iba Talleyrand, y á favor de aquella fuerza disolvióse la cámara de diputados: asi empezaban á cumplir

los coalitados con lo que afirmaban en sus proclamas, y de este modo confirmaban sus espresiones de que *solo se armáran contra Napoleon, y que entraban en Francia como amigos y aliados del pueblo francés!* El 8 verificó Luis XVIII su entrada en la capital, que guardaba frio silencio, y ofrecia un espectáculo doloroso á los que aun recordaban los pasados triunfos de las armas francesas. Delante de las Tullerías, revueltas muchas señoras de la nobleza con plebeyas, apoyándose en brazos de los prusianos, cantaban y danzaban festejando al recién venido, mientras en la plaza del Carrousel, en el mismo patio de las Tullerías bivaqueaban los cosacos, asestados sus cañones y haciendo alarde de su barbarie é insolencia: triste preludio de las ecsigencias á que pronto debian sujetar el trono de la Francia. No contentos con intentar la destruccion de los puentes que recordaban las victorias de los ejércitos franceses, devastaron los museos, mutilaron los monumentos públicos, impusieron la ocupacion de la Francia por ciento cincuenta mil soldados estrangeros durante cinco años, volvieron á apoderarse de las adquisiciones territoriales que tantos esfuerzos y tanta sangre costaban al pais, y pidieron dos mil millones en indemnizacion de los gastos de la guerra y para el salario del ejército de ocupacion. El gobierno de la Restauracion aprueba todas estas intimaciones, y los valientes de Austerlitz, de Jena, de Moscowa y de Waterloo son licenciados, y van á sufrir los horrores de la miseria, mientras lo mas ilustre del ejército perece á manos del populacho del mediodía, ó asesinado jurídicamente por las comisiones militares. En efecto, al saberse en Marsella la derrota de Waterloo, los realistas atacaron á los mamelucos de la guardia, sorprendiéronlos indefensos é hicieron en ellos espantosa carnicería. Ase- sinos pagados mataron públicamente al mariscal Brune, en Aviñon, al general Ramel en Tolosa y al general Lagarde en Nimes; nadie se atrevió á levantar la voz en favor de tantas víctimas, y el partido realista siguió proyectando nuevas venganzas. Un hombre habia que eclipsaba toda aquella turba de generales estrangeros y de oscuros emigrados; la gloria de Ney ofendía á los instrumentos de tan terrible reaccion, y violando la capitulacion de Paris, el gobierno tuvo la bajeza

de ponerle en manos de sus verdugos. Condujéronle ante un consejo de guerra, compuesto de mariscales de Francia; pero declarándose incompetente este tribunal, cometiése á la cámara de los pares el conocimiento y fallo de aquella causa. De ciento sesenta y un votos, ciento treinta y seis opinaron por la pena capital; el valiente de los valientes recibió el último suplicio, y el duque de Richelieu sentó su pie sobre el cadáver para cerciorarse de que ya no tendrían que temer al héroe, al paso que la infeliz viuda tuvo que pagar en veinte y cuatro horas todos los gastos del proceso, que ascendieron á 25,000 francos. Igual suerte corrieron Labedoyere, Mouton-Duvernet, Chalgran y los hermanos Faucher; pero en cambio, el príncipe alemán de Hohenlohe fué nombrado par y mariscal de Francia, Wellington ocupó el puesto de Ney, y Luis XVIII le condecoró con el collar de la orden del Espiritu-Santo.

Despues de tanta sangre derramada, publicóse una ley de amnistía, de que se esceptuaron: 1º diez y nueve generales, que fueron entregados á tribunales militares, compuestos de emigrados y de chuanes; 2º treinta y ocho ciudadanos, que fueron arrancados de su domicilio, puestos bajo la vigilancia de la policia, y á quienes el rey podia arbitrariamente desterrar ó condenar á la última pena; 3º los que firmaron el acta adicional, ó aceptaron algun destino durante los cien dias, que, en menosprecio y con violacion de la Carta, fueron desterrados para siempre; 4º Napoleon y su familia que quedaron ilegalmente espulsados para siempre, y de antemano condenados á muerte si volvian á entrar en territorio francés; 5º todos aquellos, contra los cuales se reservó el gobierno formar proceso antes de promulgarse la amnistía. A semejantes atrocidades judiciales y extrajudiciales agregáronse los motines verificados por gente ignorante y sencilla, provocados y tal vez dirigidos por la policia. Estalló la primera insurreccion en Grenoble, contra la cual empleóse una crueldad digna de los mas terribles dias del comité de salvacion pública. «Los sublevados, dijo el ministro Decazes, no pasan de trescientos paisanos alucinados, cuya tercera parte ignora porque se les ha hecho tomar las armas, si es que no creen que

vinieron á ver fiestas y públicos regocijos.» Con todo los soldados de Donadieu fusilaron un centenar de aquellos infelices, deshonrando el uniforme que vestian y convirtiéndose en verdugos.

Sin embargo, no tardó en conocer Luis XVIII que semejante sistema de terror inevitablemente acarrearía una reacción, que acabaría por destruir rey y verdugos: el mismo ministerio vió que era preciso detener el torrente y espidió la ordenanza del 5 de setiembre. Consolidóse entonces la Carta, y en verdad ya era tiempo. «La Carta otorgada, dice M. Thiers, era sin duda un inconveniente, no por su origen, pues una buena constitucion siempre es buena, venga de donde viniere, sino porque la pretension de otorgarla espontáneamente sin el concurso del pais abria la puerta para luego á la pretension de modificarla. Con todo, salvo este lejano riesgo, que se hacia mas inminente con el artículo eatorce, escepto ciertas odiosas disposiciones, particularmente la que fijaba la edad de cuarenta años para diputado, y convertía la vida política, no en una carrera sino en una especie de retiro puesto á la fin de todas las carreras; escepto la inmovilizacion del censo electoral fijado á 300 francos, la Carta contenía las principales condiciones de la monarquía representativa: un rey hereditario é inviolable, ministros responsables, dos cámaras, la votacion anual de los impuestos y la libertad de imprenta. Los Borbones de la primera rama tuvieron en su mano dar á la Francia la libertad y devolverle su dignidad exterior; pero era preciso saber si la legitimidad, que era su fuerza real, les infundiría ó no invencibles preocupaciones, y si el extranjero les sería ó no para siempre un apoyo y un secreto recurso en caso de alarma. Tal era la cuestion, que tras quince años de dudas y desgraciadas tentativas han resuelto contra ellos los sucesos. Apenas, en efecto, pusieron en accion la Carta, cuando se espantaron del mero ruido y movimiento de la máquina. Es verdad que amigos y enemigos precipitáronse á hacerla obrar violentamente á su favor: por una parte realistas eesagerados, por otra bonapartistas y revolucionarios entraron en las cámaras, y todos, durante los primeros años de la Restauracion han alternativamente arrastrado á su favor la balanza-

Entretanto (1817) hiciéronse las elecciones; las persecuciones cesaron poco á poco, y ya prometían á la Francia mas dichoso porvenir una ley de elecciones mas en armonía con la Carta, la del reemplazo del ejército, propuesta por Gouvion-Saint-Cyr, y la noticia de la próxima partida de las tropas extranjeras. Pero temeroso el partido realista, envía á todos los departamentos furiosos misioneros que predicán el robo y el asesinato, y comete la vil accion de suplicar á la Santa Alianza que no saque sus ejércitos de la Francia, y que sea esta ocupada por tiempo indefinido. Sin embargo, el partido moderado gana las elecciones, que dan una mayoría un tanto nacional. Viendo, pues, el bando realista que iba á verse reducido en las cámaras á los recursos y proporciones que escasamente podía sacar y tenía en la nacion, trató de cambiar la ley de elecciones. La cámara de los pares, resto del senado que adoró servilmente á Napoleon y le vendió el día de su desgracia, instrumento entonces de todas las exigencias aristocráticas y extranjeras, aplaudió la idea de modificar la ley electoral, y dió la señal de ataque; pero el ministerio, que comprendió las funestas consecuencias de tan arriesgado paso, creó sesenta pares para contrarrestar la mayoría. Adoptóse entonces (1819) una ley sobre la imprenta mas favorable que las anteriores, y los periódicos empezaron á hacer oír la voz de la razon y de la verdad; mas espantado de semejante adelanto hácia la libertad, el bando retrógrado no perdonó medio para derribar aquella obra con tanto trabajo levantada, y explotando con fortuna ya una ley que levantaba el destierro á los espatriados sin formacion de causa, ya las turbulencias de la escuela de leyes, ya las alteraciones que en la ley electoral pretendían hacer algunos diputados utopistas, logró que presentasen su dimision los ministros, Luis, Dessolles y Gouvion-Saint-Cyr. Por aquel entonces estalló la Revolucion Española (1820), y el noble grito de libertad que lanzó esta valiente y generosa nacion halló eco en los corazones franceses, que bendijeron su nacimiento, y le desearon el mas próspero porvenir. Tembló tal vez el gobierno de Luis XVIII al ver encendido en las cumbres del Pirineo el fanal revolucionario, cuyo resplandor iluminaba las comarcas.

francesas; y teniendo que contentarse con echarle una mirada á la vez azorada y vigilante, acabó de entregarse á la faccion oculta que enredaba todos los negocios. Principió su plan con un acto, de que quizás no habia ejemplo en la historia del gobierno representativo; dejó elegir diputado al obispo Gregorio, uno de los que no quisieron votar la sentencia de Luis XVI, y cuando su legal nombramiento y su admision en la cámara le daban el sagrado carácter de representante de la nacion, un decreto del gobierno le escluyó del número de los diputados, llamándole *indigno* de tal cargo.

Otro acontecimiento animó al partido realista á redoblar sus esfuerzos. A 13 de febrero al salir de la ópera y al acompañar su esposa al coche, en la calle de Richelieu, el duque de Berri, sobrino de Luis XVIII, recibió una estocada que le privó de la vida. Prendieron al asesino, que era un jóven sillero llamado Louvel, empleado en las caballerizas del rey, y que en el interrogatorio declaró que, estando en la íntima conviccion de que el gobierno de los Borbones era fatal á la Francia, habia resuelto matarlos á todos. Mas no se descuidaban los gefes de la faccion retrógrada, y apesar de que se probó formalmente que el asesino no tenia cómplices, supieron sacar de aquel suceso el fruto que á sus planes convenia. A favor del terror que á todas las facciones infundió aquel asesinato, lograron la destitucion del ministro Decazes, en quien tenian que vengarse de la ordenanza del 5 de setiembre. Al punto suspendióse la libertad individual y la de la prensa periódica; dueños los retrógrados de las cámaras, quebrantaron la Carta para hacer una nueva ley electoral, que diseminaba los electores en colegios de distrito, y creaba el doble voto, así llamado, porque concedia á los electores mas ricos el privilegio de votar dos veces. Sin embargo, la juventud parisiense no podia permanecer tranquila en vista de semejantes atentados á la libertad y á la constitucion del estado, y el 4 de junio, apesar del bando que publicó la policia prohibiendo los grupos y reuniones, un gentío inmenso rodeó la cámara de diputados, donde se discutia la nueva ley electoral. Imposible fué contener la espresion de la ansiedad de aquel concurso, que bien demostró cuales eran sus deseos

y opiniones con reiterados y unánimes gritos de *viva la Carta!* Revueltos realistas con liberales, estos vivas encienden disputas, que pronto acarrear funestas desgracias. El jóven Lallemand, cursante en leyes; cae herido de un balazo, que á pocas horas le deja sin vida, y la sangre empieza á correr.

Pero luego debia llegar á su colmo la indignacion pública con un suceso, que patentizó cuan siniestras y vengativas eran las intenciones de la faccion retrógrada. Al salir de la cámara, donde en vano defendieran con teson las libertades públicas, los diputados de la oposicion fueron insultados por grupos de guardias de corps; volaron los estudiantes á la defensa de los dignos representantes, y rechazaron á los agresores; trabáronse en todas partes refriegas parciales, y durante ocho dias las cargas de caballería tuvieron que dispersar los grupos que formaba un pueblo irritado. Quedó por fin adoptada la ley del doble voto; pero la faccion realista tomó á tiempo sus medidas, y en vano los estudiantes llamaron á la insurreccion los habitantes de los arrabales.

Entretanto presentóse Louvel ante la cámara de los pares; frustráronse los esfuerzos de Bellard, que intentaba probar que el asesino tenia cómplices, y que era menester buscarlos entre los liberales; y quedando completamente justificada la no complicidad, levantóse el acusado, y con grave y sosegada voz leyó un largo escrito, que fué la acusacion mas terrible que contra aquella real familia puede salir jamás de la pluma de un hombre del pueblo. Al dia siguiente, 7 de junio, en medio de grande aparato militar sufrió Louvel la última pena con una serenidad y valor que hizo profunda impresion en todos los ánimos.

Un mes depues publicóse una órden contra los colegios de leyes y de medicina, que sujetó los estudiantes á todas las formalidades y castigos que en otro tiempo usára el servilismo.

A 20 de agosto descubrió la policia una conspiracion tramada por los gefes de la guarnicion de Paris y de la guardia real, en que proyectaban reunir sus tropas, marchar á las Tullerías, y proclamar por soberano un individuo de la familia de Napoleon. Un velo misterioso cubre aun el

secreto de semejante trama, y algun día aclarará la historia si la misma policía que entregó los conspiradores á la cámara de los pares, fué quien les sugirió astutamente la primera idea de la conspiracion.

Apesar de tantas víctimas, no era durable la tranquilidad en Francia, y los frecuentes disturbios y sucesos extraordinarios que en ella acaecian eran otras tantas acusaciones tácitas contra el gobierno que no sabia ó no queria conducir la nacion al deseado puerto. Á 27 de enero de 1821, á las cinco de la tarde, retumbó una fuerte esplosion en las Tullerías, y entre el trastorno y espanto que causó semejante accidente púdose averiguar que provino de un barril de pólvora, que estaba detras de un cofre, á pocos pasos del gabinete del rey. Quien lo colocára allí? cuestion es esta que todavía no se ha podido resolver, ni saber qué plan se proponian los autores de aquel hecho, que se repitió sucesivamente en varios puntos de la capital. El 30, á las nueve y media de la noche, reventó igual esplosion en el café de la Regencia; pocos instantes despues otro estallido mucho mas violento resonó en la calle Doyenne, junto al Carrousel, y para mayor confusion, el 31, á las dos de la tarde, oyóse otra esplosion en las oficinas del ministerio de hacienda. Un solo individuo se atrajo las sospechas de la policía, y al comparecer á casa de un comisario, fuese temor ó desesperacion, se suicidó con una navaja. El rey empeñó su real palabra de que *todo se descubriría*; sin embargo aun se ignora quienes fueron los autores de las esplosiones, y en verdad extraño es que la policía, que supo siempre encontrar los conspiradores liberales aun cuando se envolviéran en las tinieblas del mas impenetrable misterio, no hubiese podido entonces ni siquiera rastrear la mas leve huella, mayormente cuando por cuatro veces se reprodujo el mismo hecho!

Entretanto las nuevas elecciones trajeron un refuerzo al bando realista, y el ministerio Pasquier cedió la plaza á otro mas retrógrado, el ministerio Villele.

Habian en este intervalo disminuídose poco á poco los temores que de 1815 á 1820 infundiéra la accion del gobierno representativo; y teniendo los Borbones una mayoría adicta,

debiéran haberse tranquilizado y reconciliado con las nuevas instituciones. Era aquel el momento de aceptar la monarquía representativa, y dar las leyes orgánicas, complemento de la Carta, que de tanto tiempo esperaba la nacion; era aquel el momento, repetimos, porque el poder, aun no descuidando sus intereses y apropiándose la mejor parte, se hubiera atraído el afecto de todos los liberales hasta con las mas mezquinas concesiones, pues el estado de la nacion y los excesos de las reacciones realistas les hubieran dado el valor y prestigio de preciosas franquicias y sólidas garantías. Nada de esto hizo el gobierno; antes bien, como veremos, consagró todo el precioso intervalo de 1821 á 1827 á dar vergonzosas satisfacciones á los emigrados, al clero y á la Santa Alianza.

No contentos los emigrados con haberse apoderado á su vuelta del tesoro, y de los empleos, llegando su osadía hasta el extremo de pedir se les indemnizára de los gastos que les ocasionó su permanencia fuera de la Francia, y adjudicándose los salarios y pensiones que en su concepto habian dejado de cobrar durante la Revolucion; dueños del ministerio y de la cámara, donde les apoyaba una mayoría venal, impusieron á la nacion un presupuesto de nueve mil millones (1822). La Francia quedó atónita al entrever el abismo que le abrian las manos de una faccion que invadiéra todos los poderes, y que crecia en fuerzas y atrevimiento á medida que iba acercándose Luis XVIII á la fin de su vida. Mas al publicarse las restricciones con que se empezaba á encadenar la libertad de imprenta, al saber la buena parte que en el presupuesto le cabia al clero, á quien se concedió tambien la abolicion del divorcio y la ley del sacrilegio, dándole una preponderancia espantosa para lo sucesivo; la indignacion pública manifestóse en repetidos actos, y las conspiraciones y revueltas se sucedieron con frecuencia en la Rochela, Tolon, Befort, Nantes y Saumur. Pero fueron severamente reprimidas, y la inflexibilidad de las comisiones militares y jurados, que ni se suavizó aun probando cuan vilmente provocados habian sido los reos, demostró á todos los franceses que mas eran instrumentos de venganza que oráculos de la justicia. Una ley declaró que solo los ministros podian dar licencia para la publi-